

Revista
Estudiantes de Filosofía
λέγειν
Légein 7

REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA
julio - diciembre 2008

Algo sobre un posible modo de elaborar una parte de la filosofía

Jairo Isaac Racines
Universidad del Valle

Recibido: octubre de 2008; **aprobado:** octubre de 2008

Revista *Légein* N° 7, julio - diciembre 2008: 59 - 79

ISSN 1794-5291

Jairo Isaac Racines Correa

Estudiante de último semestre de Profesional en Filosofía de la Universidad del Valle. Único estudiante de su promoción que graduará en el tiempo establecido. Su trabajo de grado *El legado de Austin* fue dirigido por el profesor Julián Fernando Trujillo, y ha gozado de una muy buena aceptación en los sitios en que se ha expuesto. Solicitó y obtuvo la beca de la Universidad del Valle, consistente en la exoneración de los gastos de matrícula para la Maestría en Filosofía, a razón de que obtuvo los primeros puestos académicos a lo largo de su pregrado. En la Maestría en Filosofía de la Universidad del Valle, adelantará una investigación en torno al papel que juega la verdad en las teorías científicas. El señor Racines es miembro activo del grupo de investigación *Episteme: Filosofía y Ciencia*, adscrito al Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle, dirigido por el profesor Germán Guerrero Pino y clasificado por Colciencias en Categoría B.

Correo electrónico: isaacracines@hotmail.com

ALGO SOBRE UN POSIBLE MODO DE ELABORAR UNA PARTE DE LA FILOSOFÍA

Jairo Isaac Racines

Universidad del Valle

RESUMEN

Este escrito procura llevar a cabo una presentación de la técnica de trabajo empleada por J. L. Austin en la investigación filosófica. El escrito describe el modo en que Austin trabajó, pero también intenta mostrar cuáles fueron los propósitos de Austin con su técnica. Aunque estudiar la técnica de Austin es un poco de lo mucho se puede hacer sobre este filósofo, la razón para hacer esto es enseñar y motivar a nuestros lectores a realizar un tipo de trabajo que aún sigue pasándose muy frecuentemente por alto en la filosofía. Esto porque guardo la vaga pero confortante idea, de que al llevar a cabo labores minuciosas, serias, detalladas, distintas, etc., como la de Austin, puede encontrarse el inicio de una saludable y sobria filosofía, que no pretenda resolver ni finalizar todo.

Palabras clave: técnica, filosofía, Austin, lenguaje, realidad.

ABSTRACT

This paper tries to present the work technique used by J. L. Austin in his philosophical investigations. The document describes the way in which Austin worked, but also attempts to show which were Austin's purposes with his technique. Although studying his technique is a little part of the much that we can study about this philosopher, the reason for doing this is to teach and motivate our readers to carry on a type of work that even now keeps being ignored in philosophy. This because I believe that by performing meticulous, serious, detailed, etc., tasks like Austin's, we can find the beginning of a healthy and moderate philosophy that doesn't pretend to solve everything nor to end it all.

Keywords: technique, philosophy, Austin, language, reality.

En vista de la prevalencia del slogan 'lenguaje ordinario', y de nombres tales como filosofía 'analítica' o 'lingüística' o 'el análisis del lenguaje', es necesario subrayar especialmente una cosa para evitar malentendidos. Cuando examinamos qué diríamos cuándo, qué palabras usaríamos en qué situaciones, no estamos meramente considerando las palabras (o 'los significados', sean lo que fueren), sino también las realidades, para hablar de las cuales usamos las palabras; estamos empleando una agudizada apercepción de las palabras para agudizar nuestra percepción de, aunque no como el árbitro final de, los fenómenos. Por esta razón creo que pudiera ser mejor emplear, para este modo de hacer filosofía, un nombre menos desorientador que los dados anteriormente —por ejemplo, 'fenomenología lingüística', sólo que es un tanto rimbombante¹.

J. L. AUSTIN

Austin permaneció aislado de la discusión que en su época el positivismo lógico había puesto en boga a propósito del *método* para la filosofía, discusión que de nuevo se arrojaba a la arena pero que no fue más que la herencia del influjo moderno presente desde Descartes. Austin mantuvo una ruda concepción de la filosofía que le repelía de la creencia de considerar un *objeto propio* y un *único método* adecuado para ésta, según la cual la filosofía es el nombre que damos a todos los problemas residuales que escapan todavía a los métodos probados de la ciencia². Tal concepción presenta un corolario, pues si bajo el término 'filosofía' se aglutina un grupo bastante heterogéneo de problemas que no tienen un único objeto en común, quienes se dedican a la actividad filosófica deben tan sólo tratar las cuestiones que reclaman su atención y *aplicar* o *inventar* cualquier procedimiento, método o técnica, que crean conveniente, los cuales cuando resulten pertinentes se descubrirá que son científicos³. Pero entonces tan sólo habremos lanzado hacia arriba la pequeña esquina de maleza que nos ha interesado, y no la vasta selva que se llama filosofía.

En concordancia con su concepción, Austin tan sólo creyó que había logrado desarrollar una *técnica*, que con un cierto número de trucos o de destrezas acababa por constituirse en un arte que poco a poco se

¹ AUSTIN, John L. (1975), p. 175.

² Cfr. AUSTIN, John L. (1962), pp. 375-376.

³ Cfr. AUSTIN, John L. (1962), p. 376.

aprende y que permite generar hábitos de pensamiento riguroso, una actitud crítica, y respeto por los hechos; una *técnica* que bien podría describirse como *un cierto modo de abordar algunos problemas* tal como se presentan. Aunque no consideró su procedimiento sólo aplicable a los problemas tradicionales de la filosofía, sí lo creyó muy útil para el tratamiento de éstos, pues aun cuando su técnica no permitiera dar soluciones a muchos de los tradicionales problemas filosóficos, sí podía ser muy útil para abordarlos con mayor precisión y claridad⁴. Austin supo que éste era hasta el momento, un procedimiento poco explorado, el cual tenía la virtud de englobar muchos de los problemas excluidos, ignorados o descuidados en filosofía y permitía encontrar así soluciones un poco más completas y detalladas.

Lo más ambicioso que Austin llegó a afirmar sobre su “método”, no fue más que a través suyo parecían lograrse ciertos avances definidos en el tratamiento de los problemas particulares que llamaron su atención, problemas que por lo general versaban sobre la naturaleza del lenguaje. No pensó siquiera que su forma de proceder fuera el único modo posible de abordar el tratamiento de estos problemas, pero sí la creyó una manera útil, completa y fecunda a la hora de afrontarlos y, más aún, a la hora de llegar a ciertos resultados definidos que deberían considerarse preliminares ineludibles en cualquier investigación filosófica que se emprendiera, como lo es la elucidación cuidadosa de las formas y conceptos del lenguaje ordinario, sobre el cual se monta todo el aparato filosófico. Pero Austin no justificó el uso de su técnica en ninguna premisa indubitable y absoluta sino únicamente en su éxito en la praxis, en su aporte en la clarificación y comprensión del problema que con ella se confronta.

Vale precisar que la peculiar y moderada manera con la que Austin se refirió a su técnica de trabajo “Algo sobre un posible modo de elaborar una parte de la filosofía” permite divisar su creencia en la existencia de otros modos posibles para afrontar estos problemas que llamaron su atención, además que también deja entrever las limitaciones que distingue en su proceder, puesto que a éste lo describe como útil para una parte de, y no para todos los problemas que pueden ser denominados ‘filosóficos’.

⁴ Cfr. AUSTIN, John L. (1962), p. 332.

Antes de abordar el *cómo* de esta técnica, es menester señalar que aunque los especialistas en el tema han dicho que el interés de Austin se centró especialmente en problemas acerca de la naturaleza del lenguaje⁵, tal afirmación puede ser mal entendida si con ella se considera que la técnica de Austin tan *sólo* es una manera de proceder para el mero análisis del lenguaje, un análisis al estilo de la disputa del *Crátilo* de Platón. Es decir, una reflexión alrededor del lenguaje como un fenómeno más entre otros posibles y dignos de análisis. El interés de Austin hacia el lenguaje no resulta ser un amor cegado por el lenguaje mismo; no se limita a realizar una simple indagación que sólo gira alrededor del funcionamiento de éste, indagación que sólo circunscriba sus intereses en el funcionamiento sintáctico o en las leyes de uso de la lengua natural, como dijo Paul Ricoeur, respecto del trabajo hecho por Austin: “nada más extraño para el análisis del lenguaje que esa fantasía de cierre del universo de los signos”⁶. Los intereses de Austin en este punto se pueden ligar con Aristóteles. Igual que el estagirita realizó un análisis lingüístico aplicado al actuar (*Ética a Nicómaco*) en el que el lenguaje no fue el objeto de reflexión, sino más bien el instrumento de uso para la indagación de su tema, Austin se sirvió del lenguaje para su investigación: para él las palabras aparecen como un mejor medio para comprender la totalidad de la situación en que las empleamos⁷.

Esta aclaración tiene una vital importancia para comprender por qué Austin opta por denominar en alguna ocasión a su técnica de análisis filosófico “fenomenología lingüística”, pues al aperebirnos de que la clarificación propuesta por Austin mediante el lenguaje ordinario no resulta ser en absoluto la indagación de un sistema cerrado en donde las palabras remiten tan sólo a otras palabras, un círculo de signos entre sí, sino que su atención se centra en *las realidades para hablar de las cuales*

⁵ La idea se puede encontrar en J. O. Urmson, quien en su intervención en el Simposio hecho sobre Austin manifiesta que “Austin, por su parte, creía que había desarrollado una técnica para abordar ciertos problemas que le interesaban particularmente, problemas acerca de la naturaleza del lenguaje”. URMSON, J. O. (1981), p. 530. También puede hallarse en la versión en español del texto *Cómo hacer cosas con palabras*, en donde los traductores Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi, realizan una especie de introducción con un artículo denominado “La filosofía de John L. Austin”. Allí se dice sobre Austin: “Está interesado en estudiar de forma rigurosa y paciente aspectos particulares del lenguaje ordinario, con una delectación morosa y un respecto frente a los datos lingüísticos nunca vistos hasta entonces y, muchas veces, parece interesarse por esos problemas como cuestiones en sí” AUSTIN, John L. (2006), p. 22.

⁶ RICOEUR, Paul (1977), p. 135.

⁷ Cfr: AUSTIN, John L. (1962), p. 334.

usamos las palabras, se exhibe cómo resultan de desorientadores para designar este trabajo los rótulos en los que usualmente se le encajona, tales como filosofía ‘analítica o lingüística’ o ‘análisis del lenguaje’. Aunque tales denominaciones tienen la salvedad de no representar ninguna cosa precisa, vale mencionar que tampoco convienen para describir el género de cosa que Austin hacía ni la manera que escogió para hacerlo, pues Austin no pretendió limitarse al descubrimiento de verdades sobre el lenguaje, sino que también procuró descubrir verdades sobre el mundo extralingüístico: “estamos empleando una agudizada apercepción de las palabras para agudizar nuestra percepción de, aunque no como árbitro final de, los fenómenos”⁸.

Para Austin, el análisis del lenguaje cobra sentido porque el lenguaje refiere al mundo, a la comunicación, a las convenciones, etc. Nada sería más frustrante que considerar que su investigación se resume al aprendizaje del significado de algunas palabras, aunque no puede negarse que resulte muy útil para ello. Es por esta razón que Austin creyó que se podría emplear un nombre como ‘fenomenología lingüística’ para su modo de hacer filosofía, pues tal inscripción aunque rimbombante tiene la virtud de resultar menos desorientadora que las generalmente proporcionadas.

Distinguidas las razones de Austin para llamar a su modo de hacer filosofía ‘fenomenología lingüística’, cabe anotar que esta inscripción proporcionada por él tan sólo aparece en una ocasión en toda su obra y figura con la salvedad mencionada, en el ensayo “Alegato en pro de las excusas”. La mejor razón que encontramos para tal suceso es el desinterés de Austin por los rótulos. Sobre esto manifiestan Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi que “era característico de Austin no preocuparse por el rótulo de lo que estaba haciendo. Lo tenía sin cuidado que se lo calificara o no de filosofía.”⁹.

Los pronunciamientos más extensos de Austin sobre su técnica se encuentran en su ensayo “Alegato en pro de las excusas” y en la discusión general del Coloquio de Royaumont. No obstante, vale indicar que “Tres

⁸ AUSTIN, John L. (1975), p. 175.

⁹ AUSTIN, John L. (2006), p. 22. Otra razón que quizás estriba para el abandono de esta inscripción, es que un pequeño atisbo a la relativamente breve producción de Austin, permite notar que los títulos seleccionados para sus escritos son realmente moderados, refieren a asuntos que guardan una genuina vinculación con problemas filosóficos pero son sencillos, cosa que resulta totalmente diferente a la pomposa inscripción referida, que parece bastante pedante.

modos de derramar tinta” —que en gran medida es complementario del primero que hemos mencionado—, contiene, aunque pocas, unas líneas claves sobre el tema. Serán estos los textos centrales para realizar nuestra exposición respecto de la técnica de Austin; mas es propicio aclarar que ha sido necesario examinar la totalidad de la obra de Austin para hallar indicios de su técnica y extraerla. También me auxiliaré en gran medida de la intervención realizada por J. O. Urmson en el Simposio hecho sobre la filosofía de Austin, básicamente por dos razones: 1) Urmson observó con frecuencia cómo Austin empleó su técnica, y 2) habló del tema usando unas notas que, si bien precisó como demasiado fragmentarias, breves y desordenadas para ser publicadas, tienen el indulto de pertenecer al propio Austin.

La pretensión inicial de la técnica es lograr proporcionar una explicación lo más completa, clara y adecuada como sea posible, de las expresiones (palabras, giros, frases, formas gramaticales) de algún lenguaje, o de algunas de sus variantes. Pero Austin consideró imposible la investigación del lenguaje natural en su totalidad, o de alguna otra cosa de tal dimensión; así que para comenzar creyó necesario escoger alguna área del discurso como tema de exploración. Sin embargo, la expresión ‘área del discurso’ (sugerida por Urmson, pues las notas de Austin simplemente hablan de un ‘área’) es una expresión poco clara que puede prestarse a múltiples confusiones. Urmson mismo señala muy bien la dificultad de la expresión:

La búsqueda de una definición precisa de un “área de discurso” es un pequeño problema; los términos forman parte de una sola área del discurso si es de interés comparar o contrastar su empleo, y si no lo es, no. Algunas expresiones pueden ser comparadas con mayor provecho considerándolas como pertenecientes a dos áreas diferentes. No hay ningún procedimiento seguro para determinar si un término pertenece o no a un área dada antes de nuestra investigación¹⁰.

Como la idea de “área” presenta dificultades, es conveniente precisar de qué forma funciona esta noción en el trabajo de Austin. Los contextos o áreas —para nuestro caso sinónimas— pueden actuar por exclusión

¹⁰ URMSON, J. O. (1981), p. 531.

o por inclusión: actúan por exclusión al incluir ciertos mensajes o expresiones dentro de un contexto, pues en tal evento quedan excluidos otros mensajes, expresiones o frases; actúan por inclusión, cuando ante la exclusión de ciertas expresiones, quedan incluidas otras. Un ejemplo de las áreas discursivas trabajadas por Austin fue el análisis de la responsabilidad: la receta allí fue acotar un campo conceptual restringido. Tal trabajo aparece expuesto en los ensayos “Alegato en pro de las excusas” y “Tres modos de derramar tinta”.

Lo primero que debemos hacer es la escogencia de un área de discurso como marco para nuestra investigación; así pues la pregunta ‘¿cuál es el tema a tratar?’ es el inicio para realizar una exploración que se forje por medio de estos procedimientos. Además, para los principiantes en la técnica, Austin aconsejó que investigaran campos en los que el lenguaje ordinario fuera “rico y sutil, como lo es en el urgentemente práctico asunto de las Excusas, pero no lo es en el asunto, pongamos por caso, del Tiempo”¹¹. De igual manera consideró preferible que escogiesen “un campo que no esté demasiado pateado con el barro o las rodaderas de la filosofía tradicional”¹², pues incluso el lenguaje ordinario se halla perturbado de una jerga de teorías extintas e incluso de nuestros prejuicios. Ha de entenderse que así como Austin pensó que en ciertas indagaciones filosóficas se hallaba el comienzo de ciencias como la física o la matemática entre otras, también consideró que en temas como el tiempo, lo real, el ser, los universales, etc., el lenguaje ordinario se encuentra perturbado por una jerga de teorías que había planteado la filosofía tradicional. El siguiente escrito exhibe claramente lo dicho:

Pero en resumidas cuentas hay notablemente poco que decir a favor de los ‘universales’. Incluso como una admitida construcción lógica; el hombre llano no la usó hasta que adquirió el hábito de los filósofos, y los errores a los que lleva el hábito son muy comunes y numerosos¹³.

Austin mismo encontró más útil y menos confuso, hablar de la responsabilidad desde el campo de las excusas que envolverse, por

¹¹ AUSTIN, John L. (1975), p. 175.

¹² AUSTIN, John L. (1975), p. 175.

¹³ AUSTIN, John L. (1975), p. 59.

ejemplo, en un discurso añejo, gastado y confuso, como el de la libertad. No obstante, debe notarse que Austin no tomó cualquier expresión como niño, pelafustán, bebe, etc., sino que investigó un discurso de interés filosófico como lo es 'la responsabilidad' desde un terruño que se encuentra libre de las grandes ponencias filosóficas como lo es el campo de 'las excusas'; pues hablar de las excusas es hablar de acciones humanas, es involucrarse en un estudio que brinda contribuciones a la filosofía moral. Dice Austin:

¿Por qué, si esto es lo que son las 'excusas', molestarnos en investigarlas? Pudiera pensarse que es una razón suficiente el que su producción haya abultado siempre tanto entre las actividades humanas. Pero un estudio de ellas contribuirá de manera especial a la filosofía moral en particular, tanto positivamente al desarrollo de una versión cauta y actualizada de la conducta, como negativamente al tender a la corrección de teorías más viejas y precipitadas¹⁴.

Después de seleccionar nuestra área del discurso, procedemos a recopilar lo más completamente posible todo aquello que se reporta en la lengua sobre el tema que examinamos, todas las palabras que nosotros empleamos junto con todas las expresiones dentro de las cuales esas palabras se insertan. Una buena ilustración respecto de este quehacer se encuentra en "Alegato en pro de las excusas". En este artículo, ya se ha dicho, el área de discurso fue la responsabilidad; mas no se comienza ofreciendo teorizaciones acerca de las acciones voluntarias e involuntarias, sino tan sólo registrando todo el ámbito de términos y frases relevantes para esta área, palabras como "gustosamente", "inadvertidamente", "accidentalmente", etc., y expresiones dentro de las cuales nuestras palabras se insertan tales como "él, negligentemente, hizo X" y "él hizo X negligentemente".

Dado que la noción de 'área de discurso' es imprecisa en tanto que es difícil decidir con detalle qué debe ser incluido a menos que carguemos de entrada con un marco teórico determinado —y no se olvide que procuramos puntos de partida sólidos pre-teóricamente—, es muy asequible que en esta etapa se presente la situación de dudar si determinado término se incluye o no en nuestra área, si pertenece

¹⁴ AUSTIN, John L. (1975), p. 171.

realmente al campo en cuestión. Ante tal incidente, Urmson ha aclarado que la máxima de Austin es incluir el término, en la medida en que resulta más fácil descartar los términos que han resultado intrusos en el contexto que reparar luego las omisiones.

Tal recolección de expresiones, giros, frases, debe incluir no sólo aquello que ha disfrutado de la luz de los focos filosóficos como por ejemplo, los sustantivos, adjetivos, y verbos, sino también aquello que ha sido casi que terreno virgen para los filósofos, como lo son los adverbios y las más aun abandonadas preposiciones. Es ventajoso observar —nuevamente con el estudio de las excusas—, cómo Austin muestra la importancia de un examen de los adverbios, al indicar que cuando nos excusamos regularmente recurrimos a ellos: 'lo hice inadvertidamente'. También es importante advertir que nuestra lista no debe limitarse a aquellas expresiones que en determinados contextos o para determinadas referencias gozan de coincidencia en el 'significado', sino también circunscribir aquellas que poseen ciertos rasgos cualitativos o cuantitativos para oponerse o agravar nuestro objeto inicial. Un buen ejemplo de estas expresiones agravantes, son presentadas por Austin en "Tres modos de derramar tinta", donde se examinan las expresiones: "deliberadamente", "a propósito" e "intencionadamente".

Austin consideró esencial que la recolección fuera lo suficientemente representativa, para poder asegurar que nuestro inventario se encuentre lo más completo posible, y así lograr poner en lo más claro que se logre la amplitud del territorio que indagamos. Por ello, propuso algunas herramientas para la realización de esta labor:

- a) La libre asociación, en la que los investigadores agregan cualquier término que asocien con los primeros términos consignados al inicio.
- b) La lectura de documentos relevantes, no las obras de los filósofos, sino fuentes documentales como, por ejemplo, en el campo de la responsabilidad, informes legales, sentencias jurídicas, etc. Como puede verse, este instrumento depende del tema que hemos seleccionado.
- c) El uso del diccionario. Hay dos formas de utilizarlo, aunque ambas parecen un poco tediosas. El primero consiste en leer con cuidadosa minucia todo el libro, anotando todas las palabras que parecen relevantes. El otro consiste en partir de la búsqueda de aquellas expresiones ya consignadas en nuestra lista y añadir aquellas que

se usan en las definiciones de éstas; en esta etapa sabremos que el uso del diccionario llega a su fin cuando notemos que “el círculo familiar empieza a cerrarse hasta que finalmente queda completo y nos topamos sólo con repeticiones”¹⁵. Con este instrumento, no sólo logramos acrecentar nuestra cosecha inicial, sino que también se “tiene la ventaja de agrupar los términos en racimos apropiados —pero naturalmente mucho dependerá de la exhaustividad de nuestra selección inicial”¹⁶.

Toda esta etapa de recolección preliminar de términos y giros es uno de los motivos que se agregan al presupuesto de Austin, de que su técnica sólo resulta útil si se realiza en grupo, pues por lo menos de esta forma este procedimiento, en este nivel, se hace de modo más rápido y exhaustivo, en tanto los miembros del grupo se complementan unos a otros, y corrigen sus omisiones y errores recíprocamente. Austin insistió en que un grupo de aproximadamente doce personas trabajando mancomunadamente, resultaba la mejor manera de utilizar la técnica.

Tras haber seleccionado o delimitado el área, y después recopilar el inventario de los términos, frases, y giros que estarían incluidos —lo que establece simultáneamente qué se queda por fuera—, pasamos a cuestionarnos en *qué circunstancias usamos* cada una de las *expresiones* que planteamos.

Señalemos que tan sólo tenemos por ahora una lista que aunque resulta bastante completa resulta también caótica, pues tenemos expresiones de toda clase. Así que *¿a qué caso se aplicará cada una de ellas?* La atención de la técnica de Austin se centra en esta etapa en el examen del *qué diríamos cuándo*, y también *por qué y qué ‘significaríamos’* con ello. Esta pregunta, que debe considerarse central en la investigación, exhibe ávidamente el vínculo en el que constantemente insistió Austin —que con profusa claridad se evidencia en su escrito *Cómo hacer cosas con palabras*—, al relacionar las palabras con el contexto en donde se emiten, pero también nos muestra *cómo* por medio de esta técnica

utilizamos la multiplicidad de expresiones que nos suministra la riqueza de nuestro lenguaje, para dirigir nuestra atención sobre

¹⁵ AUSTIN, John L. (1975), p. 178.

¹⁶ AUSTIN, John L. (1975), p. 178.

la multiplicidad y riqueza de nuestras experiencias. El lenguaje nos sirve como intérprete para observar los hechos vivos que constituyen nuestra experiencia, y que tendríamos tendencia a no ver, sin él¹⁷.

Para nuestro cometido, procedemos a narrar historias apropiadas —podemos acudir a documentos reales o apelar a nuestra imaginación—, y mantenemos diálogos que logren dar ejemplos, tan claros como sea posible, de las *circunstancias* en las que este giro debe ser preferido a aquel, en *dónde* se debe utilizar tal palabra y *dónde* no, y qué otra palabra se podría *usar* de forma correcta o afortunada. Lo que procuramos, es llegar al *acuerdo* sobre lo que de hecho diríamos en determinada situación.

Hay diversas ilustraciones en los trabajos de Austin donde se utiliza este recurso: “Tres modos de derramar tinta”¹⁸, “Otras mentes”, “Emisiones realizativas”¹⁹, *Cómo hacer cosas con palabras* (casi todo el texto goza de este recurso), y *Sentido y percepción* (cap. IV y VII), entre muchos otros. Para comodidad del lector, cito un ejemplo de Austin en el que se indica el tipo de cosas que se deben hacer a este nivel:

Usted tiene un burro, yo tengo otro, y pastan en el mismo campo. Llega el día en que le tomo manía al mío. Voy a dispararle, apunto hacia él, disparo: el animal cae en el acto. Inspecciono la víctima y encuentro para mi espanto que es su burro. Aparezco en su puerta con los restos y digo — ¿qué digo? ‘Mire, amigo, lo siento mucho, etc., he disparado a su burro ¿por accidente?’ ¿O ‘por confusión?’ Por otro lado, voy a disparar a mi burro como antes, apunto hacia él, disparo —pero cuando lo hago el animal se mueve, y para mi espanto cae el suyo. De nuevo la escena a la puerta — ¿qué digo? ‘¿Por confusión?’ ¿O ‘por accidente?’²⁰.

Austin consideró que tan pronto uno aplicara su esfuerzo a este tipo de cosas, descubriría que nada acaece sin razón, que si dos expresiones o giros existen en una lengua, se podría descubrir alguna cosa en la

¹⁷ AUSTIN, John L. (1962), p. 333.

¹⁸ AUSTIN, John L. (1975), pp. 251-252.

¹⁹ AUSTIN, John L. (1975), pp. 219, 221-222.

²⁰ AUSTIN, John L. (1975), pp. 176-177. Nota a pie de página.

situación que explica nuestra elección de emplear una expresión en vez de otra. Pensó que si hay una preferencia en estos casos, también hay alguna cosa en la situación global en la que se presenta el acto del discurso, cosa que al descubrirse explica por qué en tal situación preferimos cierta expresión en lugar de otra²¹. Esta es una de las razones primordiales para exigir que nuestro inventario sea suficientemente largo, pues Austin creyó que tal extensión resulta útil para exhibir la multiplicidad de las expresiones que podemos emplear, lo cual posteriormente orientará nuestra atención sobre la extraordinaria complejidad de las situaciones de las cuales hablamos. Así pues, por medio de la lengua, estamos apercibiéndonos de la complejidad de la vida.

Con lo dicho, se presenta muy buena evidencia de cómo Austin con su encuesta no sólo para palabras, diferencia sus intereses de los de un fonetista, un gramático, etc., pues tiene su propia orientación hacia el mundo. Austin *va mas allá de las meras palabras, valiéndose de las palabras para instruirse en las cosas de las que hablamos cuando nos servimos de las palabras.*

El punto esencial de nuestra investigación debe ser el poder llegar a un acuerdo sobre la cuestión de *qué diríamos cuándo*. Austin no consideró que este acuerdo fuera un asunto que pudiera ser resuelto en unos pocos minutos sino que ocuparía varias sesiones; reconoció esta etapa como algo a menudo largo y difícil que toma mucho tiempo. Sin embargo, estuvo firmemente convencido de que era posible llegar a él y que sobre la base de ese acuerdo, se podría comenzar a reclamar una pequeña esquina de un jardín en esa vasta selva que denominamos filosofía. A su consideración, ese dato previo sobre el cual el acuerdo puede ser un punto de partida es algo que muy a menudo falta en filosofía para lograr algún avance.

Empero, Austin no hizo caso omiso de que las usanzas de las personas varían, de que al parecer se dicen cosas distintas indistintamente —de la Usanza Laxa—, sino que creyó que tal suceso no era tanto como podría pensarse. Consideraba que bastaría con descender a casos concretos para descubrir que más que hallarnos diciendo cosas distintas en la misma situación, simplemente nos encontrábamos

²¹ Cfr. AUSTIN, John L. (1962), p. 333.

imaginando aquella situación de manera sutilmente diferente. Por ello, Austin insistió constantemente en la importancia de concentrarnos en reconstruir los casos con detalle, cuidadosa y exhaustivamente, puesto que dado que ninguna situación es jamás *completamente* descrita, es muy fácil confundirla:

Cuanto más imaginamos la situación con detalle, con un trasfondo de anécdota —y vale emplear los medios más idiosincrásicos o, a veces, más tediosos para estimular y disciplinar nuestras pobres imaginaciones—, menos hallamos que estamos en desacuerdo respecto a lo que diríamos²².

No obstante, Austin no consideró imposible el que pudiera presentarse aquella situación de desacuerdo sobre *qué diríamos cuándo*; simplemente creyó que si hay un uso genuino de dos descripciones diferentes para una misma situación, esto no debería desanimarnos: podemos averiguar por qué nos hallamos en desacuerdo, si es el caso que nuestro sistema conceptual es diferente, pues usted usa X donde yo uso Y, aunque es igualmente efectivo y consistente; si tal vez nuestro modo de clasificar es distinto; si quizás hay descripciones alternativas, por lo que la situación puede ser descrita o estructurada de dos formas diferentes; o si tal vez para nuestras intenciones las dos alternativas se reducen a la misma. Austin pensó firmemente que:

Un desacuerdo en cuanto a qué diríamos no debe ser desdeñado, sino que debe ser acometido: pues su explicación difícilmente no será iluminadora. Si nos topamos con un electrón que gire al revés, se trata de un descubrimiento, de un portentoso que hay que investigar, no de una razón para abandonar la física; y por la misma regla de tres, un conversador genuinamente laxo o excéntrico es un raro ejemplar que debe ser apreciado²³.

Conseguido el acuerdo, podemos considerar que hemos alcanzado datos cimentados en un trabajo de campo, por lo que estamos en posición de dar cuenta de los significados de esas expresiones. Podemos también

²² AUSTIN, John L. (1975), p. 176.

²³ AUSTIN, John L. (1975), p. 176.

advertir qué expresiones que a primera vista creeríamos sinónimas no se aplican intercambiamente en determinadas circunstancias (que es el tipo de trabajo realizado por Austin en “Tres modos de derramar tinta” y en el capítulo IV de *Sentido y percepción*). Pero ha de saberse ya —por todo lo dicho—, que la investigación imparcial de *qué diríamos cuándo*, nos proporciona un dato inicial que nos conduce a constituir un acuerdo sobre una cierta manera de describir los hechos y a comprender las circunstancias de aplicación de un concepto.

La realización de encuestas estadísticas sobre “lo que la gente diría” por medio de un cuestionario, no puede ser un sustituto del trabajo de grupo. Refiriéndose a este impedimento, Urmson proporciona tres razones²⁴:

1. El cuestionario no puede ser redactado con el detalle necesario.
2. Los que han de responder, al no estar entrenados, pueden cometer fácilmente errores.
3. Al encontrarnos planteando cuestiones donde la unanimidad es tan deseable como obtenible, el grupo es su propia muestra y sus miembros siempre pueden preguntar a sus amigos y relaciones “¿Qué diría usted si...?”, de acuerdo con el caso que se trate.

En el trabajo referido hasta ahora debe ser severamente eliminada toda labor teórica; así mismo en la construcción de historias detalladas que contengan lo correcto y lo incorrecto, debe renunciarse a procurar dar cuenta del porqué con premura. Austin estaba convencido de que el teorizar anticipado, *puede cegarnos ante o deformar nuestra visión* de los hechos lingüísticos, pues usualmente los que construyen teorías con demasiada antelación, realizan teorías precoces en las que se fuerza la manera de hablar para que se ajuste a la teoría. Esto es algo que, de acuerdo con Austin, habitualmente exhibe el bárbaro lenguaje que se encuentra en los escritos de los filósofos, aun cuando los filósofos por fuera de la filosofía hablan de modo natural.

En esta etapa final podemos presentar explicaciones de las distintas expresiones (palabras, frases, formas gramaticales) que estén bajo consideración. Tales serán correctas y adecuadas si permiten dejar claro por qué lo que se dice en las historias y narraciones construidas es o no afortunado, posible o imposible, absurdo o razonable, etc.

²⁴ Cfr. URMSON, J. O. (1981), p. 533.

Así, el que nuestras explicaciones sean correctas o apropiadas es una cuestión empírica, pues puede ser contrastada con los datos recogidos, y como los hemos recolectado de los hablantes de primera mano, libres de teorizaciones, dirigiéndonos al hecho empírico mismo, tenemos un grado alto de precisión y detalle respecto de *qué podríamos decir cuándo*. Es en esta etapa que podemos pasar del análisis de “la primera palabra” a una respuesta que, si quizás no proporciona una teoría, seguro sí suministra un enfoque explicativo de nuestro tema de estudio.

En último lugar, hay algo más que si queremos, podemos hacer, y es proceder a realizar un examen de algunos discursos y argumentos filosóficos tradicionales que comparten la misma área del discurso que seleccionamos en nuestra investigación; es decir, podemos examinar algunos argumentos filosóficos tradicionales a la luz de los resultados obtenidos por la técnica, y así nos encontraremos disolviendo algunos desasosiegos filosóficos. Este fue el tipo de trabajo realizado por Austin en *Sentido y percepción*. Digamos para redondear, que este escrito presenta una utilización reducida de los pasos de la técnica a expresiones tales como: ilusión, delusión, engaño, parecer, real, parecerse, etc. Urmson ha sabido expresar de forma clara la procura de Austin en su texto: “Austin intentó mostrar entonces que la plausibilidad de varios de los argumentos tradicionales se debía a una equivocada construcción y a una permutación sistemática de esos y otros términos claves”²⁵.

Es interesante resaltar que Austin no opuso ninguna teoría o discurso que debatiera el discurso sobre la percepción, sino que mediante un análisis minucioso de la terminología empleada advirtió que había muchos problemas en la estructura y elaboración de dicho discurso, pues no presta la atención necesaria a los hechos reales y lingüísticos, por lo que termina simplificando todo en exceso. Muy por fuera de la efectividad de esta crítica —pues, como algunos han señalado, al no basarse en denuncias de errores categoriales o transgresiones gramaticales, su defensor puede expresar que las objeciones se dirigen a una versión de la teoría—, no puede dudarse de la importancia del aporte de Austin, al exhibir que los hechos de la percepción son muchos más variados y complicados, razón por la que el tema no podría ser despachado con la excesiva simplificación con que los filósofos lo trabajaban:

²⁵ URMSON, J. O. (1981), p. 534.

Mi opinión general sobre esta doctrina es que es una concepción típicamente *escolástica*, atribuible, primero, a una obsesión por unas cuantas palabras particulares cuyos usos son simplificados en exceso, no realmente entendidos ni cuidadosamente estudiados, ni correctamente descritos; y, segundo, a una obsesión por unos cuantos (y casi siempre los mismos) 'hechos' medio estudiados²⁶.

Puede notarse que la técnica de Austin presenta dos usos diferentes. En las últimas líneas que hemos desarrollado, aparece como "una técnica para disolver desasosiegos filosóficos (*algunos* tipos de desasosiego filosófico, no la totalidad de la filosofía)"²⁷, caso en el cual aplicamos nuestro análisis al discurso filosófico como un instrumento de limpieza y clarificación, claro está, al mismo tiempo que se consume un ejercicio de autodisciplina en el que poco a poco vamos adquiriendo destrezas que nos permiten generar hábitos que nos abren paso al conocimiento.

Pero también figura bajo una forma más positiva como una técnica que procede desde el lenguaje ordinario, y consiste en examinar *qué podríamos decir cuándo*; pues podemos esclarecer conceptos filosóficos importantes mediante un examen detallado y paciente de un conjunto de términos que han sido excluidos, ignorados o descuidados en filosofía, por ejemplo, hacemos contribuciones filosóficas a la responsabilidad mediante el acuerdo de *cuándo y cómo* nos excusamos. Quizás esto deba considerarse algo muy pequeño, si dirigimos nuestra mirada a la eternidad o a la totalidad de la historia, pero Austin no pretendió mediante su técnica descubrir toda la 'Verdad' existente que concierne a todas las cosas, sino que tan sólo procuró descubrir algunos hechos que se sirven de nuestro lenguaje desde ya hace varios siglos. Tan sólo creyó que las expresiones de la lengua natural en diferentes circunstancias de la vida y durante diferentes épocas, marcan distinciones cercanas a los hechos que se han conservado durante la evolución de nuestra lengua, y esto del todo no podría considerarse sin valor; por el contrario, valdría la pena considerar tales cosas desde todos los ángulos posibles para dar en buena medida cuenta de la complejidad de los hechos.

La técnica de Austin es una terapia correctora de malos hábitos, una forma de limpiar las herramientas con los cuales es posible

²⁶ AUSTIN, John L. (1981), p. 42.

²⁷ AUSTIN, John L. (1981), p. 44.

hacer filosofía, un modo de aclarar y solucionar problemas filosóficos recurriendo al lenguaje ordinario. Sin embargo, dicha técnica también tiene una finalidad heurística, ya que Austin se halló convencido de que el prestar atención al lenguaje corriente, era una forma de obtener conocimientos, de posibilitarnos el pensar, de establecer hipótesis filosóficas. Quizás la mayor evidencia de este rasgo constructivo de su técnica sea su texto más distinguido, *Cómo hacer cosas con palabras*, en el que se exhibe toda una teoría general del significado.

Creo que en líneas generales, podemos decir que hemos presentado una buena descripción de la técnica de Austin y de los intereses —baste decir— no estrictamente lingüísticos que presenta. Mediante tal recorrido hemos podido aperebirnos de cómo para Austin la filosofía debe ser una actividad grupal en la que se logren acuerdos, y con la necesidad de ser sensible al lenguaje en el que desarrolla y trata de comunicar sus pensamientos.

Para finalizar, tan sólo quisiera señalar cierta crítica que se ha hecho a la técnica de Austin, y que está en muy buena medida justificada. C. G. New ha criticado la propuesta de Austin diciendo que al examinar *lo que diríamos cuándo* su técnica toma un carácter muy introspectivo que se aleja del ideal de objetividad. Sin duda C. G. New, no conoció las consideraciones que expone Quine respecto del método Austiniano, por lo que basta con citar sus palabras para responder a esta objeción:


El tipo de semántica de Austin contrasta con las principales corrientes de la lingüística por ser descaradamente introspectiva. Sin duda, cualquier lingüista examina introspectivamente su propia forma de hablar durante mucho tiempo, pero en lo que Austin se sale de lo usual es en adherirse exclusivamente a los datos introspectivos. Se dice que tales datos no son dignos de confianza a causa de su subjetividad, pero tal como Urmson ha explicado, Austin encuentra un medio ingenioso de remediar tal cosa: consiguió la objetividad por medio de la introspección en grupo²⁸.

No obstante —como ha señalado el profesor Adolfo León Gómez en su texto “Filosofía Analítica y Lenguaje Cotidiano”—, aunque el

²⁸ QUINE, W. V. O. (1981), p. 540.

remedio es ingenioso, sólo es una cura parcial contra el subjetivismo de la introspección. Como puede advertirse, la palabra 'grupo', aunque bien puede referirnos pluralidad, también señala un conjunto, y es aquí donde aparece el *pero* para Austin, pues su grupo de introspección se conformó por personas cultas e interesadas. Ante tal situación, es difícil rechazar la acusación de Mundle a Austin:

sus exposiciones de la lengua a menudo son normativas y no meramente descriptivas; o, si son descriptivas, describen como hablan el inglés las pocas gentes que son tan quisquillosas como él y tan sensibles a los matices y etimologías de sus palabras²⁹.

Sin embargo, lo que figura como nuestro *pero* al *pero* que se le pone a la práctica Austiniana, es que se está valorando el trabajo de Austin en función de una simple y llana lingüística y, como lo hemos advertido a lo largo de nuestro escrito, Austin no se limita a una simple lexicografía, sino que es el mundo, la comunicación, las convenciones, el actuar humano, etc., lo que se somete a examen mediante el análisis de las expresiones de los que son el referente. El análisis de Austin no se confina a una pura y simple descripción del uso ordinario que se hace del lenguaje, sino que su trasfondo es lograr adquirir una mayor comprensión de la realidad en la que vivimos. Para Austin, el lenguaje no solamente articula la experiencia, sino que la conserva por medio de una especie de selección natural. 

²⁹ MUNDLE, C. W. (1975), p. 111.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AUSTIN, John L.

(1962) "Discusión general del Coloquio de Royaumont", en *La Philosophie Analytique* (Urmson, J. O. comp.). París: Les editions de Minuit.

(1975) *Ensayos filosóficos*. Madrid: Ediciones Revista de Occidente.

(1981) *Sentido y percepción*. Madrid: Editorial Tecnos.

(2006) *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós.

GÓMEZ, Adolfo L.

(1988) *Filosofía analítica y lenguaje cotidiano*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

(1997) *Ensayos sobre lenguaje, comunicación y verdad*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.

MUNDLE, C. W.

(1975) *Una crítica de la filosofía lingüística*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

MUGUERZA, Javier (ed.).

(1981) *La concepción analítica de la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.

URMSON, J. O.

(1981) "La filosofía de J. L. Austin", en MUGUERZA, Javier (1981), pp. 529-539.

QUINE, W. V. O.

(1981) "La filosofía de J. L. Austin", en MUGUERZA, Javier (1981), pp. 539-544.

RICOEUR, Paul.

(1988) *El discurso de la acción*. Madrid: Cátedra colección teorema.